

La libertad de elegir para modificar el mundo

Ignacio Medina Núñez

nacho@coljal.edu.mx

9 abril 2021

Reseña de la novela *Opus Nigrum*

Autora: **Marguerite Yourcenar** (1903-1987)

Primera edición en Punto de Lectura. México, 2000.

Leí el libro *Memorias de Adriano*, de esta autora nacida en Bélgica y quien murió en 1987 en Estados Unidos, hace muchos años y me impactó su narrativa sobre la historia de este emperador romano quien gobernó el imperio del año 117 al 138 d.C. Aunque Yourcenar tuvo numerosas publicaciones a lo largo de su vida, ella misma confiesa que hubo dos obras que la acompañaron durante varias décadas: una de ellas es la que escribió sobre Adriano, y la otra es precisamente la conocida como *Opus Nigrum*, cuyo título en francés es *L'Oeuvre au Noir*. Señala que esta última la inició en 1921; la hizo y rehizo hasta publicarla en 1968; es por tanto una obra que, enfocada en el siglo XVI como cambio fundamental de la Edad Media al Renacimiento y al Racionalismo, es producida en otro contexto histórico de cambio mundial en el siglo XX.

La narrativa de *Opus Nigrum* está enfocada en Zenon, un personaje ficticio que nació en 1510 y murió en 1567. Su lugar de nacimiento fue Brujas, Bélgica y murió ahí mismo en prisión pero después de haber tenido un periplo europeo formándose como alquimista, médico y filósofo, con estancias y experiencias en múltiples países como Francia, Hungría, Suiza, Alemania, Suecia, y dialogando con los pensamientos de variados personajes como Paracelso, Copérnico, Erasmo, Pomponacio (Pietro Pomponazzi), y también con las ideas de pensadores que fueron quemados en la hoguera por la Inquisición como Étienne Dolet y Miguel Servet, como más tarde lo sería el propio Giordano Bruno en 1600.

El título de este libro está referido a la alquimia a partir del concepto de la piedra filosofal expresado por el francés Nicolás Flamel (1330-1418). La alquimia, que es una práctica antigua, empezó a tomar auge al final de la Edad Media, combinando diversos campos de estudio como la metalurgia, la medicina, la física, la astrología y vinculándose también con el arte y el pensar filosófico. Si todo el universo está hecho de los 4 elementos (agua, tierra, aire y fuego) que ya habían descubierto los presocráticos, la gran tarea de la alquimia estaba en ir combinando las proporciones integrantes de cada porción de la materia para transformar y producir uno diferente; incluso se presentaba el gran reto de producir oro a partir del plomo. Para Flamel, el llamado *Opus Nigrum* es “la experiencia de la disolución y calcinación de las formas”, de donde surge el planteamiento filosófico de cómo afrontar los cambios de una nueva época que va apareciendo, en donde choca frontalmente el

pensamiento de la Contrarreforma católica del Concilio de Trento con la reforma impulsada por el movimiento protestante en toda Europa.

Y aquí viene entonces la gran pregunta del personaje Zenon en esta novela: ¿cómo poder combinar las grandes tareas de la inteligencia humana con una gran libertad de pensar confrontada con las estructuras impuestas por siglos en una sociedad feudal en donde la Iglesia ha sido la guardiana y custodia de la verdad oficial expresada en la teología por siglos y que tacha de herejes y desviados e incluso condena a la hoguera a quienes afirman o sugieren otro tipo de verdades? Éste va a ser el drama de este filósofo del siglo XVI cuando se siente capaz de experimentar tantas cosas nuevas en el campo de la alquimia, en la curación de los enfermos, en las experiencias de los sentidos, en la discusión sobre el alma humana y el potencial del ser humano frente a las leyes y la vigilancia de la Iglesia: “El rebelde que se levanta contra su príncipe provoca en las gentes de bien la misma envidiosa furia: su No es una vejación para su incesante Sí” (Pág. 309).

No todo es una predestinación en donde el ser humano sólo cumple un papel ya decidido por Dios; es tal vez una tarea humana la nueva creación de la naturaleza. Lo que existe para Zenon es la *viriditas*, una especie de *Alma Mundi*, un concepto de la alquimia que consiste en “el inocente abrirse paso del ser que crece tranquilamente en la misma naturaleza de las cosas, brizna de vida en estado puro” (Pág. 263). Pero esta nueva idea abarca también a la teología al preguntarse en qué medida actúa Dios en el mundo: ¿es él quien impone su deseo al no dejar que se mueva la hoja de un árbol sin su voluntad o es el hombre quien con su libertad puede actuar y mover al mundo en la dirección que le plazca?

Esta sigue siendo una discusión fundamental en la religiosidad del mundo contemporáneo en donde el ser humano puede contemplar el mundo y las sociedades como hechos ya según la voluntad de un Dios todopoderoso o como el producto de las acciones libres de los humanos como actores fundamentales del pasado, presente y devenir del mundo. De esta manera, el prior de un monasterio le dice a Zenón: “Jamás vi que Dios interviniera directamente en nuestros asuntos terrenales. Dios delega en nosotros y sólo actúa a través de nosotros, pobres hombres” (Pág. 209). Y todavía se puede profundizar más esta idea: “Antes dije que Dios delega en nosotros; aún voy más allá,... Puede que no sea él en nuestras manos más que una llamita que nosotros tenemos que alimentar, sin dejar que se apague” (Pág. 231).

Puede pensarse que se trata de una gran alabanza del pensar racional en una época de transición en donde todo estaba subordinado a los dogmas de la Iglesia. Ciertamente Zenón insiste en que, a pesar de la fragilidad del cuerpo humano, sigue siendo una obra maravillosa cuando él recuerda todo lo que ha experimentado en muchos casos de disección de cadáveres; anuncia de hecho las nuevas escuelas del pensamiento de los siglos posteriores en donde el punto de partida del conocimiento será la experiencia de los sentidos a través de la máxima de *Non cogitat qui non experitur*, porque la mente se tiene que arriesgar a descubrir nuevos inventos; en el campo específico de la medicina, muchas curaciones a los enfermos las fue encontrando a través de experimentos de hiervas, pócimas, alquimia,... que le daban mejores resultados que la medicina tradicional fundada por siglos en

Hipócrates y Galeno. De hecho, resalta aquí en gran manera la influencia del Paracelso, quien propuso para las generaciones posteriores nuevas propuestas para mejorar la salud incluso en el nivel preventivo: respirar hondo, beber mucho líquido al día, masticar bien la comida, desterrar ideas de pesimismo y tristeza y venganza, solidaridad con el prójimo, ratos de silencio y meditación, etc.

En ocasiones, parece haber una gran confianza en un pensar racional cuando afirma que de los pequeños inventos de la mente humana se puede ir logrando una vida mejor; así lo cree cuando afirma que “una brocha mecánica o una bobina que se devana sola no significan mucho y, sin embargo, esa cadena de pequeños descubrimientos podría llevarnos más lejos de lo que fueron Magallanes y Amerigo Vesputio en sus viajes” (Pág. 135). Sin embargo, esta confianza racional será más propia del período de la Ilustración en el siglo XVIII, la cual no es todavía una posición firme para el filósofo Zenón en el siglo XVI porque no cree que los pequeños o grandes descubrimientos puedan haber servido para el bienestar universal ya que el poder fáctico los ha utilizado para la destrucción; por eso señala que “he acabado por maldecir a Prometeo por haber entregado el fuego a los mortales... Nada permanecerá sobre la tierra, ni dentro de ella, ni en el agua, que no sea perseguido, degradado o destruido... Ábrete, abismo eterno, y traga, mientras aún es tiempo, a esta raza desenfrenada” (Pág. 343). De la misma forma llega a expresar muchas preocupaciones por el futuro de la raza humana: “Me he dicho a mí mismo algunas veces que ordenar, instruir, enriquecer y proveer de instrumentos a nuestra especie tal vez no sea más que empeorar las cosas en nuestro universal desorden” (Pág. 137). Puede suceder en el porvenir que “los hombres matarán al hombre” (Pág. 343), y por ello hay muestras de una falta de fe en el sentido humano de lo humano.

Tal vez sea esta propuesta la que permanezca con más fuerza al final de la novela cuando el protagonista Zenón es condenado a muerte en la hoguera por la Inquisición, a pesar de que no se encuentran en él con claridad posiciones que puedan ser catalogadas como herejías por sus acusadores. Pero era un tiempo turbulento en que “bastaba con el rencor de un enemigo, el momento de furor o de locura de una multitud o, simplemente, la inepticia de un juez, para perder a unos culpables que acaso fueran inocentes” (Pág. 246). En este caso, a pesar de las reticencias de algunos acusadores que quieren darle una pena menos severa con tal que se retracte de ciertas opiniones contenidas en sus libros, lo que prevalece es la posición institucional de una iglesia jerárquica que quiere seguir en la idea medieval de la verdad única, la cual no admite otra interpretación más de la que ellos oficialmente ofrecen; no hay lugar para ninguna expresión cuestionadora o disidente. Por ello, lo condenaron a la misma suerte de Savonarola, Servet, Dolet, Bruno y tantos otros.

Y queda en la discusión esa gran polémica sobre un suicidio como medio para evitar no sólo la tortura o el dolor de las llamas sino sobre todo un espectáculo circense bochornoso que atraía multitudes a la plaza pública. Es lo que hace Zenón la madrugada del día en que está programada su ejecución cuando, con la precisión del cirujano que es, realiza cortes en su cuerpo para desangrarse con rapidez. Yourcenar pone en el epígrafe de la tercera parte una cita de Julián de Médicis: “no

es villanía, ni de villanía procede, si alguien, por evitar una suerte más cruel odia la propia vida y busca la muerte” (Pag. 297).

A pesar de todo esto, pueden vislumbrarse en la perspectiva de Zenón las posibilidades del *Opus Nigrum* como una transformación, a partir de la disolución de las formas, en un proceso de cambio hacia nuevas realidades que pueden ser mejores: este filósofo, médico y alquimista “perteneía a aquella industriosa y agitada raza de los hombres que domestica el fuego, transforma la sustancia de las cosas y escruta los caminos de los astros” (48), pero en donde el hombre no es un objeto de fuerzas externas sino que tiene influencia en el devenir: “los astros influyen en nuestros destinos, pero no los deciden” (151). Persiste en él entonces una mentalidad religiosa pero que no es la tradicional creencia en un Dios omnipotente que mueve nuestros destinos a su antojo: “Yo profeso mi fe en un dios que no nació de una virgen, y que no resucitará al tercer día, pero cuyo reino es de este mundo” (65); se puede decir que la doctrina de la predestinación -siguiendo también a Pomponacio- es incompatible con el hecho de la libertad humana y con las posibilidades de las hierbas, plantas y metales que en sus múltiples combinaciones pueden producir milagros en múltiples momentos, haciendo realidad la tendencia del *viriditas* con su lento abrirse paso a través de la misma naturaleza. Y por eso tal vez, aun dentro de estructuras sociales opresivas, con la libertad es posible vivir una vida plena aun enfrentando a la misma muerte. De ahí su afirmación: “Sólo se está a gusto cuando se es libre” (Pág. 119) y reconociendo su propia trayectoria al final de su vida: “He soñado mis sueños; no pretendo que sean más que sueño... Moriré un poco menos necio de lo que nací” (Pág. 135).

Finalmente, hay que reconocer la gran habilidad y conocimiento literario-histórico de Marguerite Yourcenar, la cual se manifiesta sobre todo en la explicación detallada de ese contexto tan complejo del siglo XVI en Europa que, en sí mismo, se ha convertido en un período de transición entre el feudalismo y la época moderna, el cual estuvo sobre todo caracterizado por la pugna entre la Reforma y la Contrarreforma, la aparición del Renacimiento y el surgimiento de un nuevo modo de producción. Así lo sintetiza la misma autora en sus aclaraciones sobre el texto: “La escisión de lo que aún quedaba -hacia 1510- de la antigua Cristiandad de la Edad Mitad de la Edad Media en dos partidos teológica y políticamente hostiles: el fracaso de la Reforma convertida en protestantismo y el derrocamiento de lo que podríamos llamar su ala izquierda; el fracaso paralelo del catolicismo, encerrado durante siglos dentro del corselete de hierro de la Contrarreforma; las grandes exploraciones que tienden cada vez más a una simple división del mundo; el salto hacia delante de la economía capitalista, asociada en sus comienzos a la era de las monarquías” (Pág. 373).

La vitalidad de esta novela que reseñamos y recomendamos tiene una gran fuerza de atracción no sólo para profundizar en el conocimiento histórico del siglo XVI en Europa sino también para la comprensión de otra gran etapa de transición como la que vivimos en el siglo XX y XXI: un período de gran transformación que divide épocas históricas como la transición que vivimos en las guerras mundiales del siglo XX y también en la entrada al mundo totalmente nuevo de la globalización con la informática y electrónica, en donde hay quienes se aferran a las grandes

seguridades de la ortodoxia y otros se aventuran a vivir la libertad produciendo nuevas invenciones, cuyo uso para beneficio o perjuicio del mismo ser humano, dependerá de la acción de los mismos humanos. Pero el futuro de la humanidad estará siempre abierto al libre arbitrio, como de manera irónica lo refiere el personaje principal sobre el contenido de sus libros: “nuestros lectores escogen: los necios nos creen; otros necios, creyéndonos a nosotros más tontos todavía que ellos, nos abandonan; los que quedan se las apañan en este laberinto, aprenden a saltar y a esquivar el obstáculo de la mentira” (Pág. 119).